

de las artes un desquite de la ingratitud fraternal. Madama Leticia Bonaparte, que bajo la modestia de una mujer nacida en pobre cuna, y afectando vanagloriarse de su humilde origen, abrigaba bastantes pasiones propias de una emperatriz madre, se quejaba constantemente y sin razón alguna de Napoleón, y mostraba á su hijo Luciano una predilección marcada, en términos de no quererle abandonar al retirarse á Roma. El primer cónsul, lleno de cariño hacia sus parientes, aunque nada tuviese que agradecerles, favoreció con su protección poderosa á su madre y á su hermano, y los recomendó á la benevolencia de Pío VII, diciéndole que su hermano se dirigía á Roma en busca de los placeres de las artes, y su madre para gozar del influjo de un clima benigno. Pío VII distinguió á sus ilustres huéspedes con la atención más solícita y delicada.

También José estaba descontento, y nadie se imaginaria por qué causa si no nos lo dijese la historia. Mostróse ofendido porque el primer cónsul le quiso nombrar presidente del senado, y rehusó estas altas funciones con el tono de la dignidad ajada cuando fué Cambaceres á ofrecérselas de parte del primer cónsul. Éste, que no gustaba de ver á los hombres ociosos le mandó á decir entonces que fuera á buscar la grandeza donde él había buscado la suya, es decir, al ejército, y José, nombrado coronel del 4.º de línea, se dirigía á Bolonia cuando se ventilaba la gran cuestión del restablecimiento de la monarquía; de modo que el primer cónsul se veía privado de dos confidentes con quienes solía consultar gustoso todo lo tocante á su engrandecimiento personal. Cambaceres era el hombre con quien más comunmente se franqueaba sobre todos los negocios generales ó personales, y Cambaceres le había sacado ya en la época del consulado perpetuo del apuro de confesar lo que deseaba, tomando la iniciativa y convirtiéndose en instrumento de un cambio universalmente aprobado; pero en la actualidad guardaba silencio por dos razones, una buena y otra mala: primera, porque con su rara previsión temía los excesos de una ambición sin límites, pues había oído hablar del imperio de las Galias y del imperio de Carlo Magno, y le hacía estremer el pensamiento de ver sacrificada á empresas gigantescas la sólida grandeza del tratado de Luneville, de resultas de la elevación del general Bonaparte al trono imperial; y en segundo lugar, y esta era la razón menos buena, porque su propio interés iba á padecer quedando separado del primer cónsul cuanto es elevado el trono, é iba á convertirse de partícipe que era de la soberanía, por pequeña que fuese su parte, en mero súbdito del futuro monarca. Así, pues, guardaba absoluto silencio, y ahora no dedicaba ya su influjo como antes al servicio del primer cónsul. El tercer cónsul Lebrún, sinceramente adicto, pero de todo punto extraño á los asuntos ajenos de la administración, no podía prestar utilidad ninguna.

Mr. Fouché, en su ardoroso celo, se declaró agente espontáneo del cambio que se preparaba. Fué á ver al primer cónsul, cuyos secretos deseos había adivinado, le encareció la necesidad de tomar un partido pronto y decisivo, y la urgencia de poner término á las ansiedades de la Francia ciñéndose la corona y consolidando así definitivamente los resultados de la revolución. Le representó todas las clases de la nación animadas de

iguales sentimientos, é impacientes por proclamarle emperador de las Galias ó emperador de los franceses, según más conviniera á su política ó á sus inclinaciones. Volvió á menudo á la carga, esforzándose en persuadir al primer cónsul de las ventajas de la oportunidad en una época en que la Francia, alarmada y celosa de la inmunidad de su persona, estaba dispuesta á conceder todo lo que se le pidiese. De las amonestaciones pasó casi á las reconvenções, y censuró agriamente la irresolución del general Bonaparte. Éste no había dejado aún su retiro de la Malmaison después del suceso de Vincennes; iba allí continuamente Mr. Fouché, y cuando no podía ver al primer cónsul por haber salido á pasear ó con cualquier otro objeto, se apoderaba de su secretario íntimo Mr. de Meneval, y le demostraba prolijamente las ventajas de la monarquía hereditaria, y no sólo de la monarquía, sino también de la aristocracia, considerada como sostén y ornamento del trono, añadiendo que si quería el primer cónsul restablecerla, él por su parte estaba dispuesto á defender la conveniencia suma de esta nueva creación, y aun á admitir personalmente la nobleza si era preciso.

Tal era el celo de este viejo republicano tan completamente arrepentido de sus errores. Su inquieta actividad, más estimulada ahora que de costumbre, le obligaba á agitarse más de lo necesario; no paraba un momento, andaba de una parte á otra desalentado, á la manera que suelen hacerlo los que quieren tener el mérito de impeler á lo que ya por sí marcha hacia adelante.

En efecto, apenas había persona alguna que no estuviese dispuesta á cooperar á las miras del primer cónsul. La Francia que veía hacía tiempo anunciarse un nuevo soberano, el cual por otra parte la colmaba de gloria y de beneficios, no quería rehusarle el título que más cumpliese á su ambición; las corporaciones del Estado, los jefes del ejército, que conocían cuán imposible era ya toda resistencia, y que habían presenciado en la desgracia de Moreau lo expuesto de una oposición intempestiva, rivalizaban en celo por servir al nuevo César, por distinguirse y sacar partido de una elevación que ya no había tiempo de frustrar; pues es común disposición de los hombres el beneficiar las ambiciones que no pueden contrarrestar con buen éxito y buscar en la codicia consuelo para la envidia. Sólo una dificultad ocurría á todos, y era la de restablecer el uso de voces ya proscritas y repudiar otras que se habían adoptado con entusiasmo; pero con una ligera precaución que se tomase al elegir el título que debiera conferirse al futuro monarca, quedaba la cosa enteramente expedita. Llamándole, por ejemplo, emperador en vez de rey, la dificultad disminuía muchísimo. Por otra parte, para sacar de semejante apuro á la generación presente, nadie era más á propósito que un antiguo jacobino como Mr. Fouché, que tomaba á su cargo el dar ejemplo á todos, así al monarca como á los súbditos, apresurándose á proferir el primero las palabras que nadie se atrevía aún á pronunciar.

Dispuesto todo por Mr. Fouché y unos cuantos senadores de los que solían llevar la voz, á ciencia y paciencia del primer cónsul, que fingía no sospecharlo siquiera, sólo se temía tomar la iniciativa en los diarios franceses, porque su dependencia absoluta de la policía

hubiera dado á su opinión de una manera demasíadamente descarada el carácter de un encargo superior. Pero había agentes secretos en Inglaterra, y por medio de ellos se hizo publicar en ciertos diarios ingleses que desde la última conspiración el general Bonaparte andaba inquieto y sombrío y formaba proyectos amenazadores; que en París todo el mundo vivía en la ansiedad; que esto era consecuencia natural de una forma de gobierno en que todo descansaba en una sola cabeza, y que por lo tanto los hombres pacíficos en Francia deseaban que reconocido el derecho hereditario en la familia de Bonaparte, proporcionase ésta al orden de cosas actual la estabilidad de que carecía. Así la prensa inglesa, tan acostumbrada á difamar al primer cónsul, sirvió en esta coyuntura para cooperar al logro de su ambición. Sus artículos, reproducidos y comentados, causaron una sensación indecible y sirvieron como de señal para empezar lo proyectado. Estaban á la sazón reunidos varios colegios electorales en el Yona, el Var, los Altos Pirineos, el Norte y el Roer, y no había cosa más fácil que conseguir votos y felicitaciones; promovieron también de parte de los consejos municipales de las grandes ciudades como Lyon, Marsella, Burdeos y París; finalmente, los mismos campamentos extendidos por la ribera del Océano fueron puestos en fermentación. La clase militar era por lo general la más adicta al primer cónsul; fuera de cierto número de oficiales y generales, unos republicanos sinceros y otros animados por la antigua rivalidad que existía entre los soldados del Rhin y los de Italia, la mayor parte de los jefes del ejército veían su elevación en aquella promoción de un guerrero al trono de Francia. Por lo tanto hallábanse muy dispuestos á tomar la iniciativa, y á hacer lo que con tanta frecuencia se vió en el imperio romano, proclamando ellos de por sí al emperador. El general Soult escribía al primer cónsul que había oído las opiniones de generales y coroneles, que todos pedían una nueva forma de gobierno, y estaban prontos á dar al primer cónsul el título de emperador de las Galias, sobre lo cual deseaba saber sus órdenes. Entre los cuerpos de dragones acampados en Compiègne circulaban exposiciones escritas en este sentido, que pasaban luego á París llenas de firmas.

El domingo 4 germinal (25 de marzo), pocos días después de la muerte del duque de Enghien, se presentaron al primer cónsul varias exposiciones de los colegios electorales. El almirante Ganteaume, uno de sus más fieles amigos, le entregó por su propia mano la del colegio del Var, del cual era presidente. Decía ésta, en términos formales, que no bastaba *prender y castigar* á los conspiradores, sino que era preciso asegurar la tranquilidad de la Francia y poner término á sus interminables ansiedades con un amplio sistema de instituciones que consolidase y perpetuase el poder en manos del primer cónsul y de su familia. Leyéronse en la misma audiencia otras varias peticiones, é inmediatamente se puso en sus manos una de más elevada categoría. Mr. de Fontanes había sido honrado con la presidencia del cuerpo legislativo, obteniendo de este modo, por el favor de la familia Bonaparte, un puesto de que era ya digno por sus talentos, y tenía encargo de felicitar al primer cónsul por la conclusión de la inmortal obra del código civil. Este código, fruto de tan profundas viglias,

monumento de la voluntad enérgica y de la vasta inteligencia del jefe de la república, acababa de terminarse en la presente legislatura, y el cuerpo legislativo, en su gratitud, había resuelto consagrar este recuerdo colocando en el salón de sus sesiones el busto del primer cónsul esculpido en mármol. Esta era la comisión que Mr. de Fontanes traía á la audiencia de que vamos hablando, y ciertamente, de cuantos títulos reunía el hombre extraordinario á quien se quería glorificar, ninguno era más oportuno que aquél, en el momento en que se le iba á hacer soberano hereditario de un país organizado por su genio. Mr. de Fontanes habló del modo siguiente:

«Ciudadano primer cónsul:

»Hace cuatro años que un Imperio inmenso descansó bajo el amparo de vuestra poderosa administración. La sabia uniformidad de vuestras leyes hará reunirse cada vez más á todos sus habitantes. El cuerpo legislativo quiere consagrar ésta época, y ha decretado que vuestra imagen, colocada en el centro del salón de sus deliberaciones, traiga eternamente á su memoria vuestros beneficios, los deberes y las esperanzas del pueblo francés. El doble derecho de conquistador y de legislador hizo siempre enmudecer todos los demás derechos; vos lo veis confirmado en vuestra persona por el sufragio nacional. ¿Quién de hoy más podrá abrigar la criminal esperanza de oponer á la Francia la Francia misma? ¿Por ventura se dividirá ella en virtud de algunos recuerdos pasados, cuando permanece unida por todos los intereses presentes? No reconoce la nación más que un jefe, y sois vos; no tiene más que un enemigo y ese es la Inglaterra.

»Las tormentas políticas han podido tal vez descaerriar á algunos hombres de prez por sendas imprevistas; pero así que vuestro brazo ha enarbolado las enseñas de la patria, todos los buenos franceses las han reconocido y seguido. Todos se han puesto de parte de vuestra gloria. Los que conspiran en tierra enemiga renuncian irrevocablemente al suelo natal; y qué pueden ellos contra vuestro ascendiente? Tenéis ejércitos invencibles; ellos no tienen más que libelos y asesinos; y mientras la religión levanta todas sus voces en favor vuestro al pie de esos altares que habéis restaurado, ellos se vengán ultrajándose por medio de unos cuantos órganos oscuros de la sedición y del fanatismo. La impotencia de sus tramas es ya patente; con luchar todos los días contra los decretos del destino, sólo conseguirán hacerlo más rigoroso. Ya es tiempo que cedan al movimiento irresistible que arrastra al universo, y que mediten en silencio sobre las causas de la ruina y de la elevación de los imperios.»

Esta abjuración de los Borbones, formulada á la faz del hombre designado para nuevo monarca, y con tanta solemnidad de lenguaje, era, aunque indirecta, la más significativa de todas las manifestaciones. Nada de aquello se quiso publicar, sin embargo, hasta que hiciese alguna insinuación el senado, que era la corporación más alta del Estado y la encargada según la Constitución de tomar la iniciativa.

Para obtener esta insinuación era menester ponerse de acuerdo con el que llevaba la voz en aquel cuerpo,

que era el cónsul Cambaceres. Para esto había que explicarse con él y obtener su beneplácito; no porque fuera de temer resistencia alguna de su parte, sino porque su mera desaprobación, aunque fuese tácita, hubiera sido un nuevo inconveniente en circunstancias como aquellas en que convenía que todos parecieran satisfechos y como unánimemente impulsados á dar aquel paso.

Mandó llamar el primer cónsul á la Malmaison á Lebrún y á Cambaceres; Lebrún, como más fácil de persuadir, fué llamado primero; no había que emplear con él esfuerzo alguno, porque era partidario decidido de la monarquía y más dispuesto á reconocer por soberano al general Bonaparte que á cualquiera otro. Cambaceres, poco satisfecho de lo que se estaba preparando, llegó cuando ya iba muy adelantada la explicación con su colega Lebrún; y el primer cónsul, después de haber hablado del movimiento que se advertía en los ánimos, como si él no tuviera nada que ver en aquella tendencia, preguntó al segundo cónsul su opinión sobre el asunto, tan debatido á la sazón, del restablecimiento de la monarquía.

«Ya sospechaba yo, le respondió Cambaceres, que se trataba de eso; veo que todo tiende á ese objeto, y no puedo menos de deplorarlo.» Entonces, no acertando á disimular el disgusto personal que iba mezclado con sus miras de prudencia, expuso Cambaceres al primer cónsul los motivos de su opinión. Le pintó á los republicanos descontentos de que no se les dejase ni siquiera el nombre de la quimera en pos de la cual habían corrido, y á los realistas sublevados porque se osaba erigir de nuevo un trono sin sentar en él á un Borbón; le demostró el peligro de llevar hasta el extremo el retroceso hacia el antiguo régimen, de modo que no quedara en breve más que hacer para restablecer la nueva monarquía que poner á una persona en lugar de otra; refirió los dichos de los mismos realistas, que se jactaban descaradamente de tener en el general Bonaparte un precursor encargado de preparar la vuelta de los Borbones; encareció los inconvenientes de un nuevo cambio, sin más utilidad que un vano título, por cuanto el poder del primer cónsul era ya en la actualidad ilimitado, é insistió en que por lo común era más expuesto cambiar los nombres de las cosas que las cosas mismas; alegó la dificultad de conseguir de la Europa el reconocimiento de la monarquía que se intentaba fundar, y la dificultad aún mayor de obtener de la Francia el esfuerzo de una tercera guerra, caso de haber de recurrir á este medio para obligar al reconocimiento á las antiguas cortes europeas; adelantó por fin multitud de razones, unas excelentes y otras mediocres, en las cuales se notaba cierto disgusto poco común en tan grave personaje. Pero no se atrevió á exponer las más convincentes, aunque las tenía muy sabidas, y eran que si se ofrecía este nuevo pábulo á una ambición inmensa, no sería ya fácil refrenarla nunca, porque confiriendo al general Bonaparte el título de emperador de los franceses, se le ponía en el caso de desear el de emperador de Occidente, al cual aspiró después secretamente, no siendo ésta la menor de las causas que le impulsaron á traspasar todos los límites de lo posible y á perecer en este empeño. Cambaceres, como todo hombre que se encuentra en una posición embarazosa y vio-

lenta, no dijo nada de lo que más le convenía haber dicho, y salió vencido por su interlocutor. El primer cónsul, tan disimulado en sus deseos al instituir el consulado perpetuo, se arriesgaba ahora á dar el paso que su colega no estaba dispuesto á dar, y declaró á éste francamente que trataba de ceñirse la corona, y por qué se proponía hacerlo. Sostuvo que la Francia pedía un rey, y que esto era evidente á todo hombre observador; que todos los días se mostraba más arrepentida de las locuras que en un momento de delirio la habían inspirado, y que de todas esas locuras era la república la más insigne; que la vuelta de los Borbones sería una calamidad, porque equivaldría á una contrarrevolución manifiesta, y que él por su parte, sin desear más poder del que tenía, no hacía más que ceder en esta ocasión á una necesidad de los ánimos y al interés de la revolución misma; que fuera de esto, era ya necesario tomar un partido, porque tal se mostraba el ejército que sería capaz de proclamarle emperador en los mismos campamentos, en cuyo caso su elevación al trono se asemejaría á uno de los antiguos pronunciamientos pretorianos, lo que convenía evitar á toda costa.

Poco efecto produjeron estas razones en Cambaceres, que tenía poca gana de dejarse persuadir, y cada cual se quedó con su opinión, pesaroso, sin embargo, de haberse explicado demasiadamente. Esta imprevista oposición de su colega causó embarazo al primer cónsul, el cual, fingiendo entonces menos impaciencia de la que realmente tenía, dijo á sus dos compañeros que en nada se mezclaría y que abandonaría á su propio impulso el movimiento de los ánimos. Separáronse mutuamente disgustados, y regresando Cambaceres á París con Mr. Lebrún hacia media noche, se expresó de este modo con su colega: «Esto es hecho; ya está restablecida la monarquía; pero preveo que lo que se quiere edificar no será duradero. Hemos hecho la guerra á la Europa para darle repúblicas hijas de la república francesa; ahora la haremos para darle monarcas hijos ó hermanos del nuestro, y la Francia agotada acabará por sucumbir en tan locas empresas.»

Pero esta desaprobación de Cambaceres era la más silenciosa é inactiva de todas las resistencias, y dejó que Mr. Fouché y sus auxiliares obrasen á su modo. Ofrecíase á éstos una coyuntura excelente: según la costumbre establecida de dirigir al senado comunicaciones sobre todos los acontecimientos de importancia, el gran juez le había presentado un informe relativo á las intrigas de los agentes ingleses Drake, Spéncer Smith y Táyler, al cual había que dar una contestación (1). Nombró el senado una comisión para que redactase el

(1) El informe del gran juez Regnier versaba sobre dos folletos que acababan de ver la luz pública: el uno titulado *Memorias sobre la traición de Pichegrú durante los años III, IV y V*, escrito por un tal Montgaillard, el cual, declarándose sin pudor cómplice del mismo suceso que refería, se encarnizaba cobardemente en la memoria del difunto abrumándole de insultos y acusaciones; el otro se titulaba *Alianza de los jacobinos franceses con el ministerio inglés*: era obra del impudente libelista Mehen de la Touche, el cual con cinismo incomparable confesaba haberse vendido al oro de los ministros ingleses, y al de los Borbones, para entregar á éstos traidoramente el primer cónsul. Estas eran las autoridades en que descansaban los hechos de que era objeto el informe del gran juez. (N. del T.)

proyecto de contestación y se lo sometiese, y los que en aquel cuerpo llevaban la voz, pareciéndoles buena la coyuntura, pusieron empeño en persuadir á los senadores de que había llegado el tiempo de tomar la iniciativa sobre el restablecimiento de la monarquía; añadieron que aunque el primer cónsul titubeaba, era menester vencer su irresolución demostrándole los vicios que existían en las actuales instituciones, é indicarle el modo de llenarlos. Conferenciaron en secreto sobre el desaire á que se había expuesto el senado dos años antes por no saber adivinar los deseos del general Bonaparte, y produjeron en alta voz una razón asaz especiosa para no dejarse adelantar por otro en aquella circunstancia, diciendo: el ejército, exaltado hasta el más alto punto en favor de su jefe, está pronto á proclamarle emperador, y en este caso nuestras guardias pretorianas se acostumbrarán á conferir el imperio como lo conferían las de Roma. Era preciso apresurarse á evitar á la Francia semejante escándalo, en lo cual se seguiría el saludable ejemplo del senado romano, que más de una vez se había apresurado á proclamar á ciertos emperadores para no tenerlos que recibir de manos de las legiones. Había luego otra razón que era inútil manifestar en público ni en secreto, á saber: que estaban aún por distribuir muchas senadurías de las instituídas en el consulado perpetuo, las cuales llevaban consigo una dotación territorial además del sueldo que correspondía á cada senador. Iban á quedar además otros muchos empleos nuevos que distribuir; era, pues, menester no exponerse á desagradar al nuevo soberano, ya que no era posible oponerse á su elevación. Debe, sin embargo, añadirse que á estas razones de mala especie acompañaban otras mejores. Fuera de una oposición poco numerosa, de que fué Sieyes el primer autor, cansándose luego de ella como de todo, y abandonándola á unos pocos caudillos de escaso mérito, el partido más numeroso veía en la monarquía el puerto donde la revolución debía buscar su salvación.

Estas razones de tan diversa naturaleza arrastraron á la mayoría del senado, y se resolvió dar al mensaje del primer cónsul una contestación significativa.

He aquí la substancia de esta contestación: «Las instituciones de la Francia son incompletas bajo todos aspectos. En primer lugar, no hay tribunal para juzgar los grandes crímenes contra el Estado, y es preciso someterlos á una jurisdicción insuficiente y débil (esta opinión la inspiraba entonces á todos lo que estaba ocurriendo en el Tribunal del Sena con motivo de la causa de Jorge y de Moreau); en segundo lugar, el gobierno descansa en un solo hombre, lo cual es una excitación constante para los conspiradores que creen poder destruir todo lo existente acabando con él. Estos son los dos vicios que conviene denunciar á la sabiduría del primer cónsul para promover su solicitud, y en caso necesario su iniciativa.»

El 6 germinal (27 de marzo), dos días después de las audiencias que dejamos mencionadas, fué convocado el senado á deliberar sobre este proyecto de contestación. Todo lo tenían ya dispuesto Mr. Fouché y sus adictos, sin dar el menor aviso al cónsul Cambaceres, que presidía habitualmente el senado, y aun se asegura que ni siquiera dieron aviso al primer cónsul para causarle tan agradable sorpresa. No era esta sorpresa tan

agradable para el cónsul Cambaceres, el cual quedó estupefacto al oír la lectura del proyecto de la comisión; pero se mostró impasible y no descubrió emoción alguna á los muchos que en él tenían clavados los ojos, deseosos de saber hasta qué punto sería aquel paso del agrado del primer cónsul, de quien le creían confidente y cómplice. Aquella lectura suscitó un levísimo pero perceptible murmullo en una parte del senado; no obstante se adoptó el proyecto por una inmensa mayoría y se acordó se comunicara al día siguiente al primer cónsul.

No bien terminó esta sesión, resentido Cambaceres de que no se le hubiera prevenido, escribió al primer cónsul á la Malmaison sin pasar allá en persona, una carta en que con lenguaje bastante frío le participaba lo que acababa de ocurrir. El primer cónsul se puso en camino al día siguiente para recibir al senado, y quiso antes tener una explicación con sus dos colegas. Se mostró sorprendido de la precipitación de aquel paso, y como desprevenido para un suceso de tanta importancia. «No he reflexionado bastante, dijo á Cambaceres, y necesito consultar todavía con usted y con otros muchos antes de tomar un partido. Voy á responder al senado que estoy deliberando; pero no quiero ni recibirle oficialmente, ni publicar su mensaje; mientras no fije yo mi resolución definitiva, no quiero que ocurra por fuera suceso ninguno.» Esto se decidió, y se ejecutó aquel mismo día.

Recibió el primer cónsul al senado, según había dicho, y contestó verbalmente á sus individuos que les agradecía aquella muestra de adhesión; pero que necesitaba deliberar maduramente sobre el negocio que se le sometía, antes de dar una respuesta pública y definitiva.

El primer cónsul, aunque testigo y silencioso cómplice de cuanto acababa de hacerse, vió que sus partidarios casi se habían anticipado á sus deseos; la impaciencia de éstos había superado á la suya propia, y al parecer no estaba él aún enteramente dispuesto á dar un paso de tanta trascendencia. Se resolvió, pues, á no dar publicidad al acto del senado, aun cuando fuera imposible que permaneciese absolutamente secreto, porque mientras no mediasen gestiones oficiales y declaradas, siempre se estaba á tiempo de retroceder en caso de encontrar algún tropiezo imprevisto.

Antes de avanzar hasta el punto de no poder ya luego volver atrás, quería el primer cónsul asegurarse la opinión del ejército y de la Europa. No dudaba en realidad de una ni de otra, siendo como era querido por el primero y temido por la segunda; pero se veía en el caso de exigir un cruel sacrificio de sus compañeros de armas, los cuales habían derramado su sangre por la Francia, y no por un hombre solamente, pretendiendo que le admitiesen por soberano. Después del efecto que había producido en Europa la muerte del duque de Enghién, el exigir de todos los príncipes legítimos que reconociesen como á igual suyo á un soldado que acababa de teñir sus manos en la sangre de los Borbones, era pedirles un acto de condescendencia demasiado chocante; y aunque fuese de esperar que no darían otra contestación más que la que exigía aquel soldado con su poderío, siempre era prudente asegurarla de antemano.